



KIM MANRESA

El impago de la hipoteca está motivando que miles de españoles pierdan la casa en la que vivían. En esta imagen, protestas por un desahucio en julio en Badalona



Los rostros de la burbuja

SOCIEDAD

Desde que estalló la llamada burbuja inmobiliaria, miles de españoles han perdido su casa o están a punto de hacerlo. Cada uno tiene una historia que contar, que puede resumirse en tres palabras: impotencia, desesperación y rabia.

Texto de **Antonio Ortí**

En un atardecer rojizo, José Morillo se echa agua por la cara, ahora mismo, las ocho de la tarde pasadas. Es hora de regresar a casa siguiendo la estela de la luz azulada del alumbrado. Una pala mecánica de acero que rezuma calor parece despedirlo como si alzara el brazo, mientras las suelas de sus zapatos se dirigen hacia la furgoneta que le llevará hasta la metrópoli de hormigón y cemento que se divisa a lo lejos.

Desde hace seis meses, este hombre de 57 años cuida veinte ovejas, tres caballos y dos perros en una finca de Navalcarnero situada a 30 kilómetros de Madrid. Por realizar este trabajo, recibe del propietario 300 euros al mes, lo que no quita para que le esté sinceramente agradecido por darle la oportunidad de ganar un poco de dinero. Y también por permitirle aparcar allí sus tres máquinas excavadoras y ahorrarse los 150 euros mensuales que pagaba hasta hace poco por tenerlas en una nave.

Aunque cueste de creer, José Morillo facturaba a comienzos del 2000 cerca de 250.000 euros anuales, poseía una empresa de excavaciones, un restaurante llamado La Fragua que los fines de semana despachaba noventa kilos de carne a la brasa, una parcela urbanizable de 20.000 metros cuadrados, una casa de 220 metros en El Garrobo, una localidad a 38 kilómetros de Sevilla, una piscina de ocho por nueve metros y una cochera en la que cabían 16 vehículos, entre ellos un Nissan Patrol, un Audi 2000 y una furgoneta Citroën. De todos ellos, conserva la vieja furgoneta blanca. “Cuando me veo apurado, que es muchas veces, la cargo de chatarra y me gano 30 euros”, reconoce Morillo, que ha recibido un burofax del banco en el que se le reclaman los 402.000 euros que adeuda, después de que no haya podido hacer frente a los últimos seis pagos.

Pese a que Morillo cree que sus propiedades tienen un valor muy superior a la deuda que arrastra, está a punto de entregarse, aunque no como lo haría una

oveja, sino peleando como un animal herido. De hecho, ha estado dando vueltas a algo de lo que quiere desdecirse: “Dije que el culpable era yo. Pero el banco tuvo más culpa”, corrige una semana después de la entrevista.

Hijo de pastores, Morillo aprovechó su paso por la mili para sacarse el carnet para conducir vehículos pesados. Al recobrar la condición de paisano, se compró un tractor agrícola para acceder a las subvenciones existentes para plantar eucaliptus, una especie de crecimiento rápido con la que se producía madera de trituración que posteriormente se transformaba en celulosa. Algo después, decidió adquirir un bulldozer y dedicarse al pujante sector de la construcción. Pero todo se torció cuando empezó a endeudarse.

Él explica así aquella época enloquecida: “Fui un tonto perdido por hacer caso a mi amigo, el director de la caja de ahorros de mi pueblo. Rafael daba créditos de 24.000 euros sin tener que pedir permiso al director de zona. Me acuerdo de que había días en que llegaba a las diez a su oficina, y a las doce ya tenía el dinero. Pedí varios de estos créditos, que permitían un descubierto de hasta 48.000 euros, a mi nombre, al de mi mujer, al de mi hija e incluso al de un amigo”.

La cuestión es que a Morillo le prometieron una línea de descuento que nunca llegó, lo que le obligó a refinanciar la deuda a un tipo de interés del 30% y a tener que poner como aval sus propiedades para que no le cortaran el crédito y así evitar el cierre de sus negocios. “También me dijeron que, en caso de tener problemas, me ayudarían en lo que fuera”, añade por sí sus palabras pudieran rescatar de la amnesia a algún alto cargo de la entidad bancaria con la que se endeudó.

Morillo es uno de los 1,4 millones de personas que, según calculó *The New York Times*, podrían perder su vivienda en España cuando la burbuja inmobiliaria toque a su fin. En el artículo, titulado “In Spain, Homes Are Taken but Debt Stays” (algo así como “Hipotecas en España: te quitan la casa, pero no la deuda”), se incluye el testimonio de un ecuatoriano que llegó a Barcelona en 1999 y que tras perder su pequeño piso –por el que todavía debe 260.000 euros, incluidos los 77.000 euros que se le exigen para cubrir los costes legales–, reconocía:



PEDRO MARTÍNEZ

The New York Times estimó que alrededor de 1,4 millones de españoles podrían perder su vivienda cuando la burbuja inmobiliaria toque a su fin y no puedan pagar las hipotecas contraídas



que han perdido absolutamente todo, incluido su futuro. Es el caso, por ejemplo, de Sadia Souki, una marroquí que emigró a Murcia en 1999 en busca de trabajo y que acabó casándose en el 2002 con Fernando Martínez. Para comprar la casa en la que viven, pidieron un crédito de 58.000 euros, que pagaron religiosamente hasta el 2010, juntando el sueldo de mecánico de su marido y el suyo de ayudante de cocina.

Pero, conforme se recrudeció la crisis, él empezó a tener menos trabajo y, no sólo eso, sino que algunos de sus clientes le dejaron a deber las reparaciones, lo que le obligó, finalmente, a cerrar su negocio de compraventa de coches, taller incluido. En cuanto a la mujer, empezó pelando, cortando y empaquetando lechugas, posteriormente trabajó en un local de →

“Estoy pensando en pegarme un tiro”.

Jaime Abelardo no es el único que se ha separado de su mujer y que está en una situación desesperada. Aunque nadie se atreve a dar un número, el Consejo General del Poder Judicial ha informado que entre el 2007 y el 2010 se ejecutaron en España 271.570 hipotecas, que podrían llegar a ser 500.000 al finalizar el 2014 en función de la evolución del Euribor y de lo que ocurra con el empleo. Para calcular cuántas personas podrían haberse visto afectadas, hay quien multiplica la referida cifra por 1,8 (por ser la tasa de ocupación media de una vivienda en España), si bien la mayoría de los expertos considera que la referida tasa no es realista por ignorar los millones de pisos que hay vacíos. De aceptarse como media tres personas por vivienda, se estaría hablando, con la información disponible hasta el 2010, de 814.710 personas, algo así como si toda la población de ciudades como Gijón, Zamora, Huelva, Guadalajara y Pamplona hubiera sido puesta de patitas en la calle.

Sin embargo, ni esta cifra refleja los gestos de dolor, las lágrimas y los sentimientos de miles de mujeres y hombres



PEDRO MARTÍNEZ

SADIA SOUKI “SI NOS SACAN DE AQUÍ, DORMIREMOS EN LA CALLE”

Esta marroquí de 43 años emigró a Murcia en 1999 en busca de trabajo. Allí conoció a Fernando Martínez, de 58 años, con quien se casó. Juntando sus dos sueldos se compraron una modesta casa por 58.000 euros. Sin embargo, el pequeño taller de él empezó a resentirse cuando algunos clientes dejaron de pagarle las reparaciones. A ella no le han ido mucho mejor las cosas. Últimamente, ha trabajado recogiendo limones y limpiando escaleras. En junio, la policía intentó desahuciarlos por segunda vez, pero los vecinos lo impidieron (foto de arriba). “Si alguna vez nos sacan de aquí, dormiremos en la calle”, apunta ella.

→ comida rápida y en los últimos meses ha estado recogiendo limones, limpiando escaleras...

El pasado mes de junio la policía se presentó en su domicilio, en compañía del administrador judicial y del procurador. También vino el cerrajero para que no pudieran volver a entrar. Un piso modesto de tres habitaciones en cuyo comedor no faltan varias rosas rojas junto a algunas fotos suyas –él, de 58 años, con su fino bigote de marinero errante; ella, de 43, con esos ojos negros “abiertos a la luz”, que diría Federico García Lorca– y en el que cada objeto –el almohadón morado, el sillón rojo...– tiene una historia detrás más larga que el dinero que ha costado. Sin embargo, la decidida respuesta de los vecinos impidió que se consumara el desalojo e hizo cambiar de opinión al banco, que aceptó negociar.

“En Puente Tocinos (una pedanía murciana) –empieza a relatar Sadia Souki con la voz entrecortada–, vive gente muy buena; está Juan, que trabaja en el bar de la calle mayor; Antonio, el panadero; Manuela, la señora que va con un carrito vendiendo libros muy buenos por las casas”, enumera, procurando no olvidarse de nadie, como por ejemplo de una pareja que vive en su mismo edificio y a la

que también están a punto de desahuciar.

Según cuenta Sadia Souki, después de que le fuera imposible llegar a algún tipo de acuerdo con su banco, viajó a Casablanca (Marruecos) para vender una casa que tenía allí. “Perdí bastante con el cambio al pasar los dirhams a euros. También me jugué la vida viajando con el dinero. Logré bastante para pagar los atrasos y los gastos del juzgado, pero me dijeron que no querían coger ese dinero”, declara, tras explicar que ha propuesto a su entidad bancaria quedarse como inquilina durante cinco años a cambio de una opción de compra, posibilidad que, finalmente, el banco ha decidido considerar, tras estipular el pago de 260 euros al mes y ampliar el plazo de amortización de la hipoteca.

Impotencia, desesperación y rabia son las tres palabras que más utilizan las personas que han perdido sus casas o que están a punto de hacerlo. La cuarta es odio. Y es que, ante el impago de una hipoteca, la ley española permite que la entidad bancaria pueda adjudicarse la vivienda por un 60% del valor en que fue tasada por ella misma y que todavía exija el 40% restante a sus antiguos propietarios. Una situación que trae a la memoria el título que eligió Bret Easton Ellis para su primera novela: *Menos que cero*, y que está dejando a muchas personas sin casa y debiendo tal cantidad de euros como para intuir que jamás podrán devolverlos.

“Indudablemente la banca cometió durante estos años desmanes salvajes”, reconoce Carlos Baños, presidente de la Asociación de Afectados por Embargos y Subastas (Afes), cuando se le comenta que algunas viviendas fueron tasadas por dieciséis veces su valor real. Pero, una vez dicho eso, Baños resalta que aunque la factura de la burbuja inmobiliaria ha recaído sobre las espaldas de las personas que adquirieron una vivienda, ahora se trata de ser prácticos y de encontrar soluciones, en lugar de obsesionarse con quién tuvo la culpa. Por ejemplo, una de las fórmulas que promueve su asociación es que los propietarios que no pueden hacer frente al pago de la hipoteca →



RAQUEL TOMÁS “SI TU FAMILIA NO TE AYUDA, ESTÁS PERDIDA”

A mediados de octubre está previsto que la desahucien del piso de 80 metros cuadrados que adquirió con su marido (del que se ha separado) en Badalona. “Si no tienes a una familia que te ayude, estás perdido: se te comen con patatas”, opina. “Mis padres lo están pasando muy mal, ya no sólo por mí, sino por toda la gente que está en mi misma situación”, revela. A su lado, su madre asiente con la cabeza, mientras su nieta escucha con los ojos muy abiertos, aunque disimule haciendo ver que juega.

Pese a perder la casa, miles de españoles siguen debiendo miles de euros al banco, una situación que recuerda al título que eligió Bret Easton Ellis para su primera novela: *Menos que cero*



DANIDUCH

JOSÉ MORILLO **“ME GUSTA IMAGINAR** **QUE ME TOCARÁ** **LA LOTERÍA”**

Aunque no tuvo la oportunidad de ir a la escuela, este hijo de pastores facturaba 250.000 euros hasta el 2005. Todo le iba bien hasta que llegó la crisis. Fue entonces cuando la sucursal bancaria en la que se endeudó se desdijo de la promesa de concederle una línea de descuento. A raíz de ello, se vio obligado a poner su patrimonio a disposición de la entidad financiera para que no le cortara el crédito. Hoy Morillo se levanta a las 5.30 de la mañana para cuidar un rebaño de ovejas en Navalcarnero (Madrid). “Quiero a mis hijos a reventar. Cuando me acuesto, me gusta imaginarme que me tocará la lotería y que podré evitar que mi familia quede endeudada para el resto de su vida”, dice.



“La cuestión es ver de qué forma se puede dar una segunda oportunidad a estas personas. Y que el pasado no se repita”, señala un activista antideshucios

→ autoricen al banco a venderla de nuevo, a cambio de que este les condone la deuda al venderla.

Raquel Tomás firmaría ahora mismo esa posibilidad. Esta mujer de 38 años será desahuciada este mes de octubre de su piso de Badalona, donde vive en compañía de María y Adrián, sus dos hijos. A la entrevista ha querido sumarse su madre, que en los últimos días ha estado colgando carteles por el barrio para pedir la solidaridad de los vecinos.

Por lo demás, su historia es la de miles de españoles que han perdido su empleo. El piso se lo compró cuando vivía con su marido (del que se ha separado) y tenía una empresa de tintorería que, finalmente, ha tenido que cerrar. “En aquella época íbamos correctos, normales. El trabajo no faltaba, y teníamos dos nóminas. Desde entonces voy dando bandazos, ahora trabajando, ahora no...”, cuenta la mujer, que recientemente ha encontrado un empleo de media jornada por el que cobra 598 euros. La hipoteca, después de tres refinanciaciones, le cuesta 700 euros.

El resultado de este sencillo cálculo entre lo que gana y lo que paga es que Raquel Tomás se despierta un montón de veces por la noche. “Menos mal que no me da por fumar, sino por comer magdalenas...”, bromea. Pero luego vuelve a ponerse muy seria y dice: “Si no tuviera a mis padres, me subiría por las paredes. Y ponga también que sólo nos han ayudado los de la plataforma”.

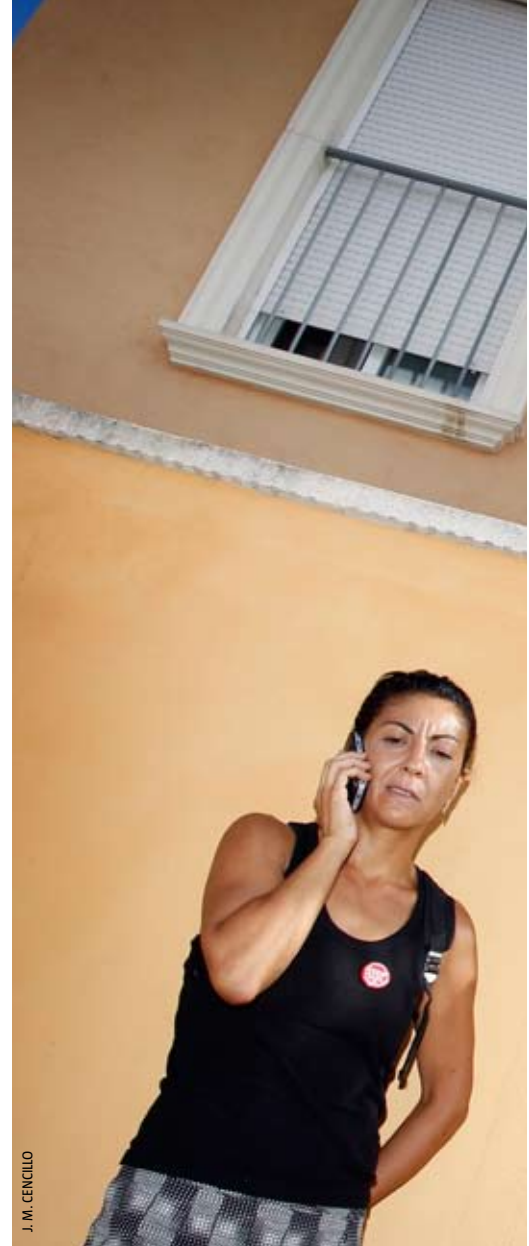
Los de la plataforma son Ada Colau y Adrián Alemany, dos ex activistas del movimiento V de Vivienda que en febrero del 2009 decidieron constituir en Barcelo-

na la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH). Desde entonces, se han creado plataformas parecidas en Madrid, Valencia, Albacete, Málaga, Murcia, Cádiz, Granada... así como en localidades más pequeñas. Mientras Ada Colau atiende llamadas por el móvil, Adrián Alemany, su pareja y padre del bebé que duerme en el carrito, explica cómo se ha ensañado la burbuja inmobiliaria con miles de pequeños y medianos empresarios, así como con personas de casi todas las clases sociales y, muy especialmente, con los inmigrantes. Ambos promueven la dación en pago, una fórmula que se aplica en Estados Unidos y que permite entregar la casa en pago de la hipoteca.

“La cuestión en estos momentos es ver de qué forma se puede dar una segunda oportunidad a estas personas. Y también aprender de lo que ha pasado para que no vuelva a repetirse”, indica Ada Colau tras anunciar que la PAH recogerá medio millón de firmas para impulsar una iniciativa legislativa popular para que la dación en pago no se aplique solamente a las empresas inmobiliarias, sino también a las familias.

Si se trata de estar pasando un vía crucis, Ana Blanco podría servir de ejemplo. La pérdida de la casa que se compró con su marido (del que se ha separado) le ha llevado a estar de baja laboral y a tener que medicarse, situación que da la razón a una noticia en la que se ponía de manifiesto que la crisis económica ha provocado un considerable aumento en el consumo de ansiolíticos.

Por lo demás, Ana Blanco vive ahora en un piso de alquiler por el que paga 550 euros al mes. En los días en que España era “el país de las gominolas”, como ha retratado mordazmente el dibujante de cómic Aleix Saló, esta mujer se compró un adosado en La Pobla de Vallbona (un pueblo a 22 kilómetros de Valencia) por el que pagó 150.000 euros. Por entonces, dirigía una empresa de venta al por mayor



J. M. GENCILLO

ANA BLANCO “LA CLAVE ES NO VENIRSE ABAJO”

Durante mucho tiempo fue una empresaria a la que le iban razonablemente bien las cosas. Pero, en un santiamén, su vida se vino abajo: su empresa se fue a pique, se separó de su marido, perdió el adosado que adquirió a 22 kilómetros de Valencia... Desde entonces, espera una segunda oportunidad que le permita no estar tan preocupada por el futuro de su hija de 11 años. De momento, vive en un piso de alquiler por el que paga 550 euros. “Cuando lo has perdido todo, la clave es no venirse abajo”, declara.



de moda para señoras que le permitía llevar una vida más o menos desahogada. Pero, como las desgracias nunca vienen solas, cuando la pobreza entró por la puerta de la mano de las importaciones asiáticas de ropa, su matrimonio saltó por la ventana, y se quedó en el paro con una hija de 11 años y una hipoteca de casi 900 euros.

“Yo no me compré la casa pensando en ganar dinero, sino en vivir allí”, dice en respuesta a quienes afirman que muchos ciudadanos especularon al adquirir su vivienda pensando en su posible revalorización. “En ningún momento nos endeudamos por encima de nuestras posibilidades: la vivienda nos costó 150.000 euros y dimos de entrada 30.000. Es verdad que luego pedimos algo más de dinero para hacer algunas reformas y comprar los muebles”, admite tras recordar que por

aquella época se decía que vivir de alquiler era tirar el dinero y que los pisos nunca iban a bajar de precio.

En la actualidad, utiliza el transporte público para desplazarse. Su viejo Citroën 206 lo tiene aparcado, “ya que no puedo arreglar un par de cositas que necesito para pasar la ITV”. Tal vez llevaría ya la pegatina en el coche si le hubiera funcionado una empresa que creó para recoger ropa y devolverla lavada y planchada en una zona de chalets, pero no es el caso.

Como otras personas en su misma situación, quiere recalcar que no es cierto que lo que le está sucediendo sea una especie de castigo por haber hecho algo mal, como, por ejemplo, haber vivido por encima de sus posibilidades, aunque en algún caso concreto pueda ser verdad. “Yo antes ganaba 2.000 euros al mes y tenía un marido con el que me pensaba

pasar el resto de la vida”, dice Ana Blanco.

Sin embargo, al escucharle contar que seguramente la despedirán cuando reciba el alta médica, viendo llorar a Sadia Souki y a José Morillo, imaginando a Raquel Tomás despertándose inquieta por la noche..., es imposible no tener la sensación de que están luchando en solitario contra unas fuerzas muy superiores.

Y también que necesitarán toda la ayuda divina y humana para volver a ser las personas que fueron hasta que su vida quedó hipotecada. ◯